

LA MUJER Y LA CASA

P. Dr. Cornelio Fabro

La casa es el denominado «hábitat» humano, la ubicación de la existencia en el espacio y en el tiempo. Y habitar es estar adentro, tener adentro la propia morada, la residencia de la propia vida.

«Habitar» es así tener la vida en el mundo, en la patria, en la región; mas sobre todo es el encontrarse en casa, en la casa que es el lugar por excelencia, o sea el lugar intensivo de la vida y del amor. En la vida los acontecimientos se entrelazan y se cruzan y el hombre debe muchas veces dejar la casa: por el trabajo, por el estudio, por la oficina, por la guerra (lamentablemente), por el servicio militar (aunque hoy en día menos pesado que en otros tiempos). Cada abandono de la casa es un desgarrar, es como ir al exilio; pero incluso esto forma parte de la formación auténtica del hombre que debe retornar a sí mismo y conquistarse moviéndose de una relación a otra, hacia el mundo y la sociedad, desde el esfuerzo en el trabajo y desde la búsqueda para vencer la angustia del tiempo y las preocupaciones de la vida. Y en el llamado hacia la casa, en la nostalgia del hogar, en el retorno a la memoria del primer tejido de la vida, el hombre se encuentra y se reconoce, casi como para dialogar consigo mismo y desplegar su proyecto de vida, para mantenerse fiel a esa imagen de sí que ahora, con la «vuelta a casa», ha sabido reconocer y reencontrar. No por nada algunos idiomas como el sánscrito, nuestra lengua madre, acercan –casi hasta identificarlos– los términos *ser* y *habitar*, ligando de un modo admirable el núcleo del existir humano en su destino temporal.

En la casa, en efecto, el hombre encuentra el nacimiento y la muerte, los primeros intentos de asomar a la vida, de reconocer a sus seres queridos, de establecer los primeros contactos con el «mundo de la existencia» antes que con el mundo geográfico. No por nada en las mitologías religiosas había divinidades y genios protectores de la casa, que el Cristianismo pudo purificar y mejorar en la presencia esencial de Dios creador y providente y en la asistencia especial de los santos Ángeles. Por eso la casa, la

propia casa, forma parte de la individualización espiritual de cada uno de nosotros, y el reencontrarse en casa es como una cita con el propio yo que regresa a su fuente luego de la dispersión cotidiana que nos lleva aquí y allá a malgastar energías, tal vez a disiparnos, siempre a cansarnos, a fatigarnos en la tensión que nos reduce y agota la linfa de la vida. La casa es la primera e insustituible morada del espíritu.

En la vida de las grandes ciudades de nuestra época industrial, en que se vive en grandes conglomerados y (¡en general!) en pequeños departamentos con pocas habitaciones, esta atmósfera óntico-existencial de la casa, si bien no ha sido totalmente eliminada, se ha debilitado por la presión de la cercanía de los vecinos, por la necesidad del empleo y del trabajo, que llevan afuera al hombre; a diferencia del artesano de otros tiempos, cuando el hombre era un todo con su casa y su obra, cuando la tienda de artes y oficios formaba un solo cuerpo con la casa y estaba en continuidad con la realidad y la vida de la familia.

Ya no es una extravagancia o una exquisitez de la fenomenología afirmar que un hombre se define en conformidad con su relación con la casa, no tanto y solamente (es obvio) con respecto al tiempo que dedica a su permanencia en la casa, sino sobre todo con respecto al modo de concebir esta permanencia y de sentir y obrar en sí la presencia en el plexo de los deberes, de las alegrías, de los sufrimientos, de los afectos que forman precisamente el tejido de vida que es la casa como categoría fundamental de la existencia humana.

No es una frase retórica entonces afirmar que el hilo, la trama continua de este maravilloso y misterioso tejido de vida que es la casa, es sostenido por la mujer: a la mujer, de hecho, le corresponde llevar y formar la vida, a la mujer corresponde por lo tanto custodiar la sede natural de la vida que es la casa. Ha sido un malentendido, y desgraciadamente sigue siéndolo, el atribuir esta solidaridad entre la mujer y la casa y la pertenencia de la mujer a la casa, a una inferioridad de la mujer respecto del hombre y como un precio que ella debe pagar para insertarse en la vida del hombre. Todo lo contrario: decir que a la mujer conviene la casa es afirmar la superioridad existencial de la mujer, quien como mujer, esposa y madre, tiene como elemento estructural constitutivo la casa; que ella se encuentra en la casa, que la custodia y la habita, mientras el hombre «retorna a casa», a aquella casa

que la mujer le prepara y embellece. Es la presencia de la mujer, solamente su presencia, la que llena la casa y le confiere un sentido originario.

Existe un epíteto, observa Kierkegaard, que designa la esencial cualidad de la mujer. Por grandes que sean por otra parte las cualidades femeninas, esta cualidad es necesaria a cada una, y ninguna opulencia recubre, ninguna pobreza excusa su ausencia. Es como el signo distintivo de la autoridad: sus representantes tienen diferentes grados, pero todos tienen en común la insignia del poder. Esta cualidad es el amor del hogar doméstico. Característica de la mujer, como del hombre, es la firmeza del carácter. No obstante todas las diferencias, diversificadas en tantas maneras, la innumerable multitud del sexo femenino tiene que poseer en común la femineidad. Honor a la mujer de modestas condiciones, si verdaderamente se puede decir que tiene ese amor: ¡hago reverencia delante de ella, como delante de una reina! Pero por otra parte, si la reina no tiene este amor, no es nada más que una vulgar «dama». Una joven de la cual, según el proverbio, sería pecado decir que no es una belleza, ¿ama su casa como le corresponde a su sexo? ¡Honor para ella! Pero por otra parte si una esplendente belleza, dotada de todos los talentos posibles y colmada tal vez de celebridad, no tiene amor y respeto por el hogar, no es nada más que una vulgar muchacha no obstante todas sus dotes, su belleza y su fama. ¡El amor del hogar! Con esta palabra nosotros hacemos a la mujer una concesión importante: reconocemos que ella es propiamente la creadora del hogar: y si una joven no se casa, sin embargo, nosotros determinamos todavía su rango según su dignidad femenina hecha de amor para con el hogar. Y el silencio que reina en la casa, es amor de hogar hecho de eternidad.

Una exigencia existencial que es a la vez una instancia genuina de la creación elevada por el Cristianismo a la participación espiritual. Por esto, según Kierkegaard, la naturaleza antes y después del Cristianismo no ha agraviado a la mujer. Es por lo tanto «humano, entonces es propio de la mujer el querer dignamente tener una parte en su ambiente y, no tenemos miedo de decirlo, de ejercer una influencia, un poder. Una mujer lo puede en muchos modos, con su belleza, su gracia, sus dotes, la osadía de su imaginación, su naturaleza feliz». Y poco cuentan en esto las diferencias sociales. «Si eres de condición humilde –continúa Kierkegaard– sabe dar a tu morada, un aire de amigable hospitalidad y tu hogar no carecerá de fascinación en toda su modestia. Si la fortuna te ha dado el bienestar, sabe

ordenar tu habitación con aquella delicadeza que hace que la casa sea tan dulce, y el hogar no carecerá de fascinación: y si gozas de opulencia, sabe ingeniártelas con tacto para hacer olvidar casi tu riqueza y la atmósfera de tu hogar será un encanto donde estarán reunidos el fasto y la simplicidad: no soy ciego a eso, y además vivencio demasiado su poesía, tal vez». (Kierkegaard. *El espejo de la palabra*. En: *Para el examen de sí mismos*).

La casa «define» a la mujer porque es la mujer quien «determina» la atmósfera de la casa, su recogimiento y la estructura existencial, afectiva y efectiva. Entrando en una casa, se percibe inmediatamente quién es aquella que la habita y la dirige: como si la fisonomía interior fuese impresa por doquier y desbordase de las paredes y de los muebles, en el orden y en la nitidez que estos atestiguan y muestran. Porque es evidente que no es la riqueza de una vivienda o la calidad de los muebles los que dan la calidad del espíritu de aquella que la habita, sino más bien la compostura de la disposición y aquel digno candor de la limpieza y armonía que son reflejo de la dignidad y de la armonía del espíritu. Un candor y una armonía que apenas te rozan, te reconcilian con la vida, te colman de nostalgia, de pureza y de dolorosa melancolía por esta civilización de la técnica que lleva a la mujer «afuera» de su reino, en la carrera por la ganancia y por la paridad degradante con el hombre, mientras olvida aquello que la hace superior como guardiana de la casa e intérprete del misterio que ella contiene.

*Traducción del italiano a cargo de la Sra. Antonella de Vánella
Córdoba, Argentina*